

Jaime Jaramillo Uribe: un periplo vital para la historia

Mauricio Puentes Cala

Historiador y Archivista Cum Laude, Universidad Industrial de Santander – UIS, Bucaramanga, Colombia. Estudiante de la Maestría en Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Río Cuarto – UNRC, Córdoba, Argentina. Integrante del Grupo de Investigación Historia, Archivística y Redes de Investigación – HARED. Línea de estudio: Militarismo, actores armados y reflexiones histórico-humanistas. Correo electrónico: maopc02@outlook.com

Inolvidable resulta aquel llamado que hizo Jaime Jaramillo Uribe varias décadas atrás, un llamado desafiante por descubrir el sentido de lo histórico, hallar la sensibilidad intelectual y esforzarse por conocer – más allá de la gracia providencial, y de las lecturas simplistas y radicales – una nueva dimensión del acontecer o, al menos, *algunos aspectos de la personalidad histórica colombiana* (Jaramillo Uribe 1969). Tal cual era la voz de un preocupado académico que se alzaba – quizá no por primera vez, pero sí con mayor notoriedad – para plantear la necesidad de elaborar una memoria que, dotada de riqueza conceptual, analítica y de rigor disciplinar, fuera capaz de dar una visión más compleja y global de los sucesos y procesos que han signado el acaecer histórico de lo que en la actualidad se conoce como Colombia, todo en respuesta a aquel dominio que detentaban las narraciones episódicas y los recuentos cronológicos, cuya secuencialidad y linealidad reflejaba el carácter anacrónico, tal vez ingenuo, pero claramente intencionado de la academia oficial. Hagiografías, crónicas, paráfrasis, relatos apologéticos, tautologías, y demás relaciones descriptivas que obviaban las exigencias analíticas y la reflexión consustancial de la investigación intelectual, conformaban una lectura mecánica, iterativa y, en muchos casos, deductiva de algunos trazos de la *historia nacional*, siempre puesta más al servicio de inquisitorias rencillas políticas, del purismo doctrinal y, por su intermedio, de discusiones dogmáticas y simplistas; que de la generación de conocimiento, un saber para entender las

rupturas y continuidades, lo coincidente y lo antinómico del trasegar cotidiano (Nieto 2015; Melo 1997).

No obstante, antes de continuar exponiendo aspectos teóricos, y dando un breve repaso sobre la producción historiográfica y sus enfoques, resulta conveniente hacer un alto en el camino, en aras de conocer algunos trazos de la vida del protagonista de la presente nota, una mirada rápida sobre su periplo vital que ayudará a entender mejor, y en clave contextual el cómo y el porqué de sus aportes.

Jaime Jaramillo Uribe era el menor de diez hijos. Nacido en Abejoral, Antioquia, a principios del año 1917 y criado en Pereira, donde finalizó sus estudios primarios; era miembro de una familia fecunda más o menos humilde que hizo parte de las últimas oleadas migratorias hacia el occidente colombiano, en el marco de la colonización antioqueña de lo que hoy podría considerarse el *eje cafetero*. De abuelos acaudalados y con ascendencia política, pero de progenitores que heredaron un patrimonio menguado y dividido, Jaime Jaramillo creció sin muchos privilegios; su padre debía sostener una numerosa familia con un modesto empleo como secretario en el Juzgado del Circuito (Jaramillo Uribe 2007, 13-14; Tovar Zambrano 1998, 1-8). Aun así, Jaime adelantaba su bachillerato en el Instituto Claret de Pereira, un claustro administrado por curas y misioneros católicos, claretianos. Ya fuera por el influjo religioso o por los pocos pesos que le pagaban al mes, decidió convertirse en monaguillo, pidiendo entrada como acólito en la parroquia principal de la ciudad. Su vida transcurría entre la iglesia, el instituto, los juegos infantiles tradicionales y la lectura, esta última, una práctica muy común al interior de la familia, una costumbre que se había instituido gracias al hábito de su padre, quien era un ávido lector y un curioso empedernido por los hechos que ocurrían en su entorno (Tovar Zambrano 1996; 1998, 9).

Lamentablemente se avecinaban tiempos difíciles, Don Teodoro Jaramillo murió sorpresivamente y su esposa Doña Genoveva Uribe lo acompañó poco después. La temprana e inesperada muerte de sus padres, además de fragmentar la familia, sumió a Jaime en la orfandad y le produjo un sin número de limitaciones económicas que lo llevaron, como era de esperarse, a suspender sus estudios secundarios y buscar un empleo para subsistir. Así, pasó por los puestos de secretario, vendedor y ayudante en un mercado de abarrotes, eso sí, sin

nunca abandonar su pasión por los libros y el gusto por la lectura. El deseo de continuar sus estudios una vez superara el revés económico que le había ocasionado la ruptura familiar, lo mantenía anclado a diversos escritos que iban desde novelas y poesía hasta cuentos y descripciones noticiosas. No pasó mucho tiempo para que el acucioso lector tuviera una fructífera experiencia de escritura y lograra exponer algunos textos y comentarios en un periódico local. El mismo acercamiento a las organizaciones sindicales que tuvo por intermedio de la Federación de Empleados de Pereira en 1932 en calidad de trabajador de almacén, generó en él nuevas inquietudes y preocupaciones, y su encuentro con el movimiento social le mostró la importancia de entender las problemáticas sociales y el sentido de las cuestiones políticas. Ello se vio reflejado en una seguidilla de breves artículos que cargados de *sentimentalismo* aparecieron de forma intermitente en folletos y pasquines. (Tovar Zambrano 1996). Por aquel entonces Colombia vivía un momento bastante agitado, el Estado afrontaba el coletazo de la depresión mundial, e ideaba su contribución al New Deal, el nuevo ordenamiento económico que había sido programado desde Washington; asimismo, hacía frente a la naciente crítica de izquierda, al asociacionismo político de matiz reivindicatorio y a un movimiento agrario que acicateado por el Partido Comunista Colombiano y otras organizaciones políticas amenazaba con paralizar el país si no se cumplían sus demandas relativas a la propiedad de la tierra y a la redistribución de las áreas cultivables (Henderson 2006, 254-256, 332-333). En semejante contexto de lucha y anhelos populares, Jaime Jaramillo se sentía identificado con el proceso que al parecer se orquestaba, máxime al haber digerido escritos de tinte prometedor que versaban sobre la Revolución Rusa, la Segunda Internacional y la proliferación de los movimientos socialistas en el mundo.

Indeciso por su futuro en Pereira, pero provisto de nuevas ideas, cerca de cumplir los veinte años de edad, Jaime decidió emprender una *aventura* hacia la capital del país en busca de nuevos horizontes y de terminar, por su puesto, sus estudios truncados. Con su voluntad como mayor recurso, un par de zapatos y algo de ropa, partió hacia Bogotá. Allí, afortunada o premeditadamente, encontró ocupación a su llegada, se empleó como cajero en un Café nocturno, propiedad de un familiar. Poco después logró ser admitido en la Escuela Normal Central para varones conocida popularmente como la *Normal Chiquita*; aunque saturado por cumplir un doble rol, pero decidido a recibirse como bachiller, procuró dividir su tiempo entre las responsabilidades escolares matutinas y su noctámbulo trabajo (Tovar Zambrano 1996). Una vez obteniendo el título de maestro de escuela primaria, se acrecentó en él el anhelo de

continuar estudios universitarios; sin embargo, las universidades no recibían, por un tema prescriptivo, a egresados normalistas, hecho que lo llevó a presentar exámenes en el Colegio Camilo Torres, con miras a habilitar las materias que no habían sido incluidas en su antiguo pensum. Ya con un título de bachiller conferido por un colegio oficial, Jaime Jaramillo se enfrentó al dilema de elegir una carrera a seguir (Jaramillo Uribe 2007, 37). Con pocas opciones para escoger en una Universidad Nacional sumergida en un proceso de reorganización que pretendía darle más capacidad de acceso y autonomía, al igual que preparar su estructura para la tendencia industrializante y tecnicista que se había desatado, tras la decidida inserción del país en la economía de mercado, los avatares de la *Revolución en Marcha* y el ordenamiento programado en el *Nuevo Acuerdo* capitalista (Jaramillo Uribe 1989, 106-107), Jaime descartó, de entrada, la ingeniería y *vacilaba entre el derecho y la medicina*, embargado por la indecisión y sin vistas de una pronta resolución; recordó las charlas de orientación vocacional que recibió en su último año como estudiante en la *Normal Chiquita*. Vinieron a su mente las palabras de un experimentado profesor de la Escuela Normal Superior, quien decía que la enseñanza era la profesión del porvenir y además aseguraba que se otorgarían becas a los interesados que decidieran continuar sus estudios allí (Tovar Zambrano 1996). Jaime, quien había conocido el efecto desgastante y agobiante de trabajar y estudiar al mismo tiempo por varios años, vio en la posibilidad de ser becario la oportunidad magnífica de concentrar por primera vez todas sus energías en su realización académica. De este modo, se matriculó en la carrera de filología e idiomas, la cual abandonó poco después para trasladarse definitivamente al área de ciencias sociales. Las Normales Superiores, máxime la capitalina, se reconocían como centros educativos de prestigio que pretendían bajo la égida de la administración liberal (1930-1946), promover la renovación intelectual, el cultivo de las ciencias y la razón para transformar el país; buscaba ser un remedo de la red normalista *Gala* y, puntualmente, de la Escuela Normal Superior de París, centro que había formado los más reconocidos intelectuales, representantes culturales y sonados académicos de la sociedad francesa (Jaramillo Uribe 2007, 37-38; 1989, 103).

El ciclo formativo en ciencias sociales al que se vinculó nuestro prospecto de maestro en la Normal Superior bogotana tenía una duración de cuatro años. El programa curricular incluía el aprendizaje de una variada relación de contenidos disciplinares que tratados desde la pedagogía se agrupaban en campos tales como la psicología, la antropología, la economía, la geografía y, de manera especial, en la sociología y la historia. Parte de los cursos y cátedras

que se impartían se encontraban a cargo de notables profesores colombianos y, otro tanto, de un numeroso grupo de maestros extranjeros, particularmente, de españoles, franceses y alemanes, quienes habían llegado al país aprovechando el ofrecimiento laboral del gobierno colombiano, en el marco de un nuevo proyecto educativo, una oportunidad sin igual para huir de un inminente clima de guerra y del ascenso de los regímenes fascistas y nacionalistas en Europa. Todo este ambiente académico cargado de ideas innovadoras causó un gran impacto en el joven Jaime y no era para menos; las reflexiones hechas desde la Normal Superior y la labor de su personal docente trajo al país los debates filosóficos de vanguardia, nuevas memorias, nociones y métodos sobre la historia, concepciones geográficas y cartográficas, y provechosas tendencias sobre la antropología que desembocaron en la fundación del Instituto Etnológico Nacional y, por ende, en la realización de estudios arqueológicos y etnográficos (Tovar Zambrano 1996; Low y Herrera 1994, 117-118).

Pese a la reforma agraria y a las transformaciones sociales que se hacían manifiestas, Colombia permanecía como una nación parroquial, segmentada y socialmente dividida. Los entes provinciales demasiado dependientes del displicente y fiscalizador gobierno central eran incapaces de suplir las necesidades inmediatas de su territorio. El pluralismo social era más bien escaso, la industrialización era un proyecto que marchaba lento y los movimientos laboristas, aunque presentes, continuaban siendo incipientes (Henderson 2006, 329). En estas circunstancias, era imposible que la Normal Superior permaneciera ajena a las problemáticas sociales del país y a los eventos que sucedían por fuera de él. En tal medida, el recinto escolar se prestaba para interesantes discusiones políticas y debates ideológicos que mostraban alternativas a la realidad nacional desde los procesos que acaecían en el mundo, la Revolución Rusa y Mexicana, la Guerra Civil Española, el ascenso del nazismo y el fascismo, el estallido de la Segunda Guerra Mundial, el surgimiento de frentes de resistencia, la organización popular, *la propagación del marxismo y el auge del movimiento socialista* hacían parte del collage de acontecimientos que se adherían a la reflexión comparada dentro del claustro normalista (Tovar Zambrano 1996).

Por aquel tiempo Jaime Jaramillo ya era un lector habitual de las obras de Marx y Lenin, de los escritos que versaban sobre el *estalinismo* y los exámenes sobre el marxismo hechos por Plejanov, incluyendo, asimismo, un concierto de autores que presentaban estudios sobre economía, política y sociedad fundamentados en la lucha de clases y la división social

del trabajo. *El contacto con el pensamiento marxista, reconoce Jaramillo – a través de Tovar – tuvo un efecto decisivo en su concepción de la historia y en su formación como historiador. El marxismo – dice recordando una frase de Wilbrand – es como las duchas del baño, hay que pasar por ellas, pero no hay que quedarse en ellas* (Tovar Zambrano 1996). Como era de esperarse, las lecturas de Jaime estuvieron acompañadas de ejercicios de escritura, ejercicios que se transformaron pronto en interesantes comentarios y posteriormente en ensayos publicables, que hallaron su espacio divulgativo en *Educación*, la revista de la escuela normalista.

A finales del año 1941 y luego de pasar la vista por diversas referencias académicas e influjos ideológicos que terminaron por sembrar en él la convicción de estudiar el país, y puntualmente, las problemáticas sociales que acontecían en él, Jaime Jaramillo se tituló como Licenciado en Ciencias Económicas y Sociales; a escasos seis años de haber salido de su terruño de crianza se hacía del grado de profesor, y no solo eso, también se ubicaba como numerario en un reconocido Instituto de la ciudad anexo a la Normal (Jaramillo Uribe 2007, 39). El espíritu que le infundió la Escuela y, sobre todo, las convicciones que irradiaba el maestro José Francisco Socarrás, le hicieron reflexionar desde muy temprano sobre el acentuado malinchismo que embargaba al país, un suceso que coincidía, paradójicamente, con un tradicionalismo acérrimo que se manifestaba en las prácticas y relaciones cotidianas. Además, advertía – lo que para él era – la clara tergiversación de la noción de humanismo en la comprensión de la educación y la cultura. El contexto colombiano también ayudaba. Jaime Jaramillo reconocía sin mucha dificultad una multiplicidad de problemas básicos que adolecía el país: la pobreza, el analfabetismo, la falta de servicios de primera necesidad, el paupérrimo sistema de salud y educación, la incipiente productividad económica, y la excesiva inequidad social eran factores suficientes para inducirlo a pensar – tras su contacto con el marxismo y sus crecientes inclinaciones de izquierda –, que Colombia debía estudiarse a través de las ciencias económicas (Low y Herrera 1994, 118).

Para Jaime era evidente que toda esa marisma de trabajos de corte tradicionalista enfrascados en el *dato memorable*, no ayudaban a entender las problemáticas del país, ni mucho menos a conocer su realidad en retrospectiva. Recordando y enlazando las observaciones hechas por sus profesores en el centro normalista, llegó a la conclusión de que la insipiente de la historiografía colombiana era más que un comentario suelto. Sin duda, las

ciencias sociales estaban por hacerse en el país y sus aportes, primordialmente el de la historia, sería de suyo esclarecedor. Aunque ya se presentaban nuevas formas de abordaje temático, se planteaba la necesidad urgente de estudiar la historia nacional, de hacer una historia que superara la orientación convencional de la Académica Colombiana de Historia, *dueña y señora* hasta entonces, de la última palabra en la exposición de los acontecimientos que marcaban a una *nación*. Era el momento de investigar la historia colombiana y de abordar sus aspectos más desconocidos con otros métodos, enfoques, marcos teóricos y aportes disciplinares (Melo 1997).

Con estas convicciones en mente, Jaime Jaramillo dividía su tiempo entre las clases de la Normal, una cátedra en Sociología que había adquirido en la Universidad Nacional y los estudios en Derecho que adelantaba en el Externado de Colombia y concluiría poco después en la Universidad Libre. Entre estos *ires y venires*, y con deseo bastante fecundo, más oportuna no pudo ser la oferta que llegó a la Normal Superior: el gobierno francés ofrecía becas a los profesores de este centro de estudios que quisieran continuar su formación profesional en aquel país. Esta fue una posibilidad irrenunciable y harto conveniente para el afortunado Jaime (Tovar Zambrano 1996).

En el mes de marzo de 1946 el nuevo becario en compañía de otros normalistas voló hacia la *ciudad luz* en donde su destino final sería la Universidad de París, la *Sorbona*. A su partida, Jaime Jaramillo dejaba atrás un país sumido en una atmósfera de tensión política, los conservadores parecían reorganizar fuerzas para regresar al poder y el oficialismo liberal no hacía gran cosa para calmar la agitación civil que se propagaba en el campo a causa del sectarismo bipartidista, el acrecentamiento de los *asesinatos profilácticos* y el accionar armado preventivo que se legitimaba como consigna política, en el marco de aquello que los partidos tradicionales llamaron el *derecho a la defensa de las colectividades*. Todo este entorno de *Violencia temprana* se matizaba con algunos tintes de crecimiento económico y modernización social, unos *avances* que no mostraban como problema de gran envergadura a la *guerra endémica* que consumía al país, pero sí identificaban como peligro potencial al asociacionismo político popular y al pensamiento progresista (Henderson 2006, 394-395, 420-421). Nuevas facciones representativas aparecían en el escenario político como una amenaza electoral para los partidos hegemónicos, situación que justificaba el accionar coactivo y represor dirigido contra ellas. Su beligerancia, deliberación y, al parecer, proceder sospechoso

las marcaba como focos de subversión que debían ubicarse y disolverse. Por extraño que parezca, uno de esos focos fue localizado en la Escuela Normal Superior, hecho que fue suficiente para ser duramente criticada y, posteriormente, expoliada.

Jaime Jaramillo, quien por entonces ya había logrado instalarse en París, fue admitido como alumno regular de la Escuela de Ciencias Políticas. La Sorbona comenzaba a reavivarse como centro universitario de prestigio rodeada aún de un ambiente de incertidumbre y desolación, propiciado, naturalmente, por los embates de la guerra. Europa había pagado un alto costo al ser el escenario de una de las confrontaciones militares más mortíferas que haya vivido la humanidad; el desabastecimiento, la desocupación, la mendicidad y una crisis social de ingentes proporciones, hacían de esta parte de Europa una región con profundas heridas por cicatrizar. Tan solo algunos meses atrás del arribo de nuestro becario a tierras francesas, la cotidianidad del occidente europeo transcurría entre bombardeos, cadáveres, estruendos, ráfagas, ruinas y humaredas. Si bien estos hechos permanecían latentes en el retrato de una situación parisina bastante penosa, la vida artística e intelectual comenzaba a florecer fulgurantemente (Tovar Zambrano 1996; Jaramillo Uribe 2007, 103).

Así, imbuido en un contexto de posguerra signado por diversos contrastes, Jaime Jaramillo fue un *juicioso* y atento asistente de interesantes cursos sobre historia, sociología e ideas políticas y, al mismo tiempo, un flamante lector de las obras del Henri Pirenne, Charles Mozaré, Leopoldo von Wiese, Max Weber, Émile Durkheim, Jean-Paul Sartre y otros destacados académicos. Ello sin obstar la enorme influencia que ejercía en todo este círculo la corriente expresada en la Revista *Annales*, dirigida originalmente por Marc Bloch y, tras su asesinato, orientada por Lucien Febvre y Fernand Braudel. Todo este concierto de nuevas y fructíferas ideas enseñó a Jaime Jaramillo que, al margen del positivismo y el marxismo ortodoxo, existían enfoques, nociones y líneas de pensamiento que serían de buen uso para la realización de estudios sustanciosos. Ahora quedaba claro que el episodio político fragmentado y el acontecimiento personalista disminuía su relevancia frente a los procesos, las estructuras sociales y las duraciones (Melo 1997). La narración desaforada quedaba desplazada por una escritura hecha desde el planteamiento de problemas y la resolución de preguntas, estableciendo una postura que no se enfrascaba en la reproducción y ordenación de los hechos pasados, sino en la interpretación del acontecer histórico; una interpretación que además de hacerse en virtud de una transversalidad conceptual y un marco teórico específico,

se hallaba condicionada por el voluntarismo y la subjetividad del investigador (Melo 1996, 10-11).

Habiendo asimilado todo esto, Jaime Jaramillo entendió el sendero que debía seguir y, mejor aún, la forma cómo debía hacerlo; por ello, más tarde sostuvo: *Los cursos y la experiencia que tuve en Francia [...] fueron quizá lo más importante de mi proceso y de las coyunturas de mi carrera*". Como resultado de todo ello vino la elección de un camino: "dedicarme exclusivamente a la historia, hacer un intento de investigación, más o menos original desde el punto de vista metodológico, en el campo de la historia colombiana (Tovar Zambrano 1996; Jaramillo Uribe 2007, 115).

Con la historia como objetivo, armado de nuevas visiones y con proyectos en mente, Jaime Jaramillo, inspirado y entusiasta, retornó a Colombia una vez pasados los dos años de su ciclo de estudios en la Sorbona. No obstante, en su reintegro a la realidad nacional se encontró con una situación que lo dejó bastante perplejo: los conservadores habían asumido el poder y los sectores más tradicionalistas señalaban a la Normal Superior – institución a la que Jaime debía reincorporarse terminada su comisión – como una instancia instigadora, subversiva y profana que la permisividad del liberalismo había consentido. El cambio de partido en el gobierno y las reorientaciones políticas consecuentes, comportaron la reestructuración de la Escuela Normal y la ejecución de una serie de relevos estratégicos. Este centro de estudios, que obedecía, según la visión conservadora, al proyecto integral de la república liberal, se identificaba dentro de *la retórica terrorista de la época, con el intento del bolchevismo, del protestantismo, del modernismo, por acabar – asegura Melo – con los elementos más valiosos de nuestra cultura y nuestra nacionalidad* (Melo 1997). De este modo, Jaime se halló ante la recia negativa de las nuevas directivas normalistas. En aquel lugar ya no había lugar para él; recién llegado y sin empleo debió presenciar cómo la cruzada emprendida por ciertos sectores y la polarización política del país echaban al traste un nuevo esfuerzo educativo y cultural que pretendía, desde el plano intelectual, académico y científico, preparar a Colombia para los tiempos venideros. A esta situación se le sumaban los trágicos acontecimientos del 9 de abril (1948) que habrían un capítulo más – quizá uno de los más recordados por su magnitud, crudeza y sevicia desahogada – de la Violencia en el país.

En semejante contexto y en una capital casi en ruinas tras el *Bogotazo*, Jaime Jaramillo retomó sus estudios de Derecho en la Universidad Libre – aplazados por su viaje a Europa – y se empleó, gracias al favor de amigos y conocidos, primero, como director de visitantes en una entidad oficial de vigilancia crediticia, y después, como redactor del periódico *El Liberal* (Jaramillo Uribe 2007, 283). Mientras dividía su tiempo en diversas actividades, como había sido de costumbre durante buena parte de su vida, Jaime realizaba las primeras consultas y esbozos de lo que posteriormente sería su trabajo sobre las ideas en Colombia y elaboraba una tesis sobre la Industria colombiana, una tesis que le sirvió para recibirse como abogado en 1951. Una vez titulado quiso ejercer su nueva profesión; pero, en la práctica, la naturaleza y los artificios que comportaba el ejercicio de la abogacía le causaron pronto una profunda decepción, tanto así, que muy pocas veces volvería a ejercerla oficialmente. *Conservó, eso sí, lo que verdaderamente le atraía del derecho: la teoría sobre la organización del Estado, la cual habría de integrar – dice Tovar – a sus estudios históricos* (Tovar Zambrano 1996).

En esta situación, muy oportuna resultó una oferta proveniente de la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional para asumir un cargo como profesor, era la oportunidad de regresar al ambiente académico, de reavivar su vocación docente e investigativa. Entre asignaturas de historia y sociología, y algunas exposiciones de su trabajo escrito, transcurría su nueva etapa universitaria, una etapa que le depararía otra experiencia enriquecedora: un par de años luego de su vinculación a la Universidad Nacional una comisión de profesores alemanes concurrentes en Colombia le comentaron sobre la posibilidad de pasar una temporada en calidad de profesor visitante en la Universidad de Hamburgo, un ofrecimiento que en efecto aceptó. La estancia en Alemania además de permitirle ejercer como docente extraordinario en las cátedras relativas a historia y sociedad latinoamericana, le concedió la ocasión de asistir a interesantes cursos de filosofía y sociología que le sirvieron para empaparse de los debates teóricos del momento, y realizar un acercamiento más detallado a las ideas de Ernest Cassirer, particularmente a los textos que pretendían un diálogo entre historia, pensamiento y el problema del conocimiento (Jaramillo Uribe 2007, 135-139). Todas estas experiencias en el *viejo continente* resultarían trascendentales, a la postre, para la realización de su obra cumbre.

Finalizando una comisión más en Europa, Jaime Jaramillo regresó a Colombia a mediados de 1955. En pleno *golpe de opinión*, como antesala al Frente Nacional, se reintegró

a la Universidad Nacional reflexionando sobre lo vivido allende al Atlántico y convencido que la sola docencia no bastaría, resolvió que era el momento de sentar un antecedente: había llegado la hora de darle un albergue institucional al estudio de la historia, un albergue que lo formalizará, y a la larga sentará las bases para su profesionalización. Tras algunos años de trámites burocráticos y gestiones administrativas, el Departamento de Historia pudo ver la luz a principios de 1962 en el seno de la Universidad Nacional y un año más tarde, el Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura apareció como herramienta de divulgación y difusión de los nuevos y venideros estudios sobre historia colombiana (Tovar Zambrano 1996). Dispuesta la estructura y definidas las cátedras que combinaban rigor teórico con una nueva mirada del acontecer histórico, comenzaron a formarse los primeros historiadores profesionales del país, dentro de los cuales se destacaban – según Jaramillo – por su *formación especializada*: Germán Colmenares, Jorge Orlando Melo, Jorge Palacios, Hermes Tovar, Víctor Álvarez, Margarita González, Medófilo Medina y otros más (Jaramillo Uribe 2007, 181; Tovar Zambrano 1994, 73).

Todas estas transformaciones puntuales se presentaban en un contexto muy convulsionado, donde la bipolarización mundial había llevado a la aparición de nuevas formas de Monroísmo e intervencionismo norteamericano en América Latina, máxime tras el estallido de la Revolución cubana que parecía irradiar al continente con ayuda del comunismo internacional. En Colombia la Violencia comenzaba a dar paso a las primeras manifestaciones del Conflicto Armado Interno, tras la organización del accionar guerrillero, la legitimación de las fuerzas paramilitares presentes durante buena parte de la confrontación partidista y la formación del pensamiento militar contrainsurgente, que venía acompañado de un programa incisivo de Acción Cívico-Militar, cuyos ítems, de ordinario, eran definidos en Washington (Palacios 2003, 261-265).

En estas circunstancias se presentaron algunos esfuerzos del Estado por buscar una suerte de unidad ideológica nacional haciendo uso del acostumbrado tradicionalismo, recalando la herencia hispánica y acentuando el pensamiento extranjerizante. Sin embargo, en la Universidad y en el ámbito cultural y artístico se gestaba un proceso totalmente diferente, comenzaban a afianzarse los trabajos intelectuales, reflexivos e independientes de la narrativa oficialista. Junto a variadas obras que comenzaron a aparecer desde principios de los cuarenta concebidas desde el paradigma marxista, emergieron estudios *revisionistas*

presentando replanteamientos y formulaciones que ponían en duda la validez y la forma de los hechos contados hasta entonces por la Academia. Allí se pueden resaltar los nombres de Indalecio Liévano Aguirre y Arturo Abella (Archila 1999; Martínez 1999; Melo 1996, 25-26). A ello podría sumarse la labor de Juan Friede por sus transcripciones y recopilaciones, abordajes antropológicos y reflexiones hechas alrededor de los asuntos prehispánicos, lo que más tarde adquiriría el rótulo de *indigenismo*. Asimismo, la aparición del trabajo filosófico – si bien no profesional muy provechoso – de Danilo Cruz Vélez, Cayetano Betancur, Estanislao Zuleta y Rafael Carrillo, los aportes hechos desde la economía por Antonio García y Luis Ospina Vásquez y las sustanciosas contribuciones hechas por Orlando Fals Borda desde la sociología, todos ellos provenientes de disciplinas que ya se hallaban institucionalizadas o comenzaban a incorporarse en la oferta profesional de varias universidades (Henderson 2006, 600-601). Paralelas a estas transformaciones que por primera vez daban forma y semblante a las ciencias humanas del país, también se destacaban – quizá por la huella que dejaba el efecto modernizador y aperturista – manifestaciones novedosas en otras áreas de la vida cultural, representadas, a grandes rasgos, en la producción literaria de Gabriel García Márquez, en las novedosas obras pictóricas de Botero y Obregón, en la aparición de nuevas formas de arquitectura urbana y en el relanzamiento de los ritmos tradicionales, gracias al aporte musical de Guillermo Buitrago, Lucho Bermúdez, Pacho Galán, Rafael Escalona y los Corraleros de Majagual. Todo ello, junto al teatro, la televisión, el cine, el vestido y las melodías foráneas, daban la impresión de que Colombia sufría un intrigante, complejo y sincrético proceso de relocalización de su tradición cultural (Melo 1997; Henderson 2006, 607).

No en vano, hacia el año 1964 se produce la publicación de *El pensamiento colombiano del siglo XIX*, el fruto de un arduo y extenso trabajo de investigación que no solo inauguró metodológica, teórica y conceptualmente los estudios sobre las ideas en Colombia, sino también abrió un nuevo campo en el plano de la historia cultural. El análisis hecho a las formas de pensamiento más influyentes y significantes entre finales del siglo XVIII y las postrimerías del XIX, concentraba hasta ese momento todo lo aprendido por Jaime Jaramillo Uribe en el transcurso su vida intelectual y académica (Melo 1996, 25-27). La reveladora experiencia vivida en Europa, el ciclo normalista, cursos, lecturas, cátedras, activismo, el contraste nacional, etc., *contribuyeron a que su obra no tuviera el menor tinte de*

parroquialismo, a que la conciencia de lo propio – arguye Melo – estuviera siempre inscrita en una apertura a los más exigentes conceptos del pensamiento moderno (Melo 1997).

De esta manera, la convulsión intelectual y cultural de estos años daba sus frutos, y no era para menos. En el mundo comenzaban a propagarse focos de insatisfacción social que ponían en duda la legitimidad de las instituciones convencionales y la inherencia de las estructuras heredadas, guardando en las diversas formas de lucha y resistencia la única esperanza para lograr las transformaciones deseadas. El proyecto Soviético, la China de Mao, la guerra coreana, la Cuba de los Castro y la insurrección armada vietnamita, eran procesos que resultaban inspiradores, pero más aún las nuevas manifestaciones sociales ejemplificadas en las revueltas estudiantiles y sindicales de finales de los sesenta, el afloramiento de la contracultura, el hipismo, el nadaísmo y todo lo que implicó la llamada *revolución cultural*, sin olvidar los alzamientos independentistas en los remanentes del colonialismo europeo, la difusión de la teología de la liberación y el análisis de la dependencia. Todos estos sucesos marcaron un tiempo con nuevas nociones y significaciones, las cuales no dejaron de plasmarse en el ámbito intelectual e investigativo, y ello puede apreciarse muy bien en virtud de la teoría crítica, el constructivismo, la corriente participativa y demás *giros* que dieron paso al posmodernismo.

En este marco, la universidad pública colombiana, particularmente los programas de historia y sociología, habían dado forma a una suerte de academia activista que criticaba severamente a los representantes y promotores de la Academia Colombia de Historia, cuya propuesta irreflexiva y labor anquilosada; además de ser anacrónica, aparecía ante los nuevos profesionales y *cientistas sociales* como una instancia acrítica, dogmática, reproductora de las visiones oficiales; un equivalente académico de las políticas estatales y, puntualmente, del Frente Nacional (Henderson 2006, 600-601). De igual modo, el estudiantado asumía una actitud contestataria e irreverente, una postura combativa y efervescente que conjugaba el activismo social y la formación intelectual con el anhelo de encaminar el país hacia una revolución.

Jaime Jaramillo quien a principios de 1967 había vuelto como profesor visitante a Europa, esta vez a la Vanderbilt University, decidió tres años después retirarse de la Universidad Nacional para alejarse un poco del convulso clima universitario y disfrutar su

jubilación. Sin embargo, recibió un tentador ofrecimiento de la Universidad de los Andes para asumir el cargo de Decano de la Facultad de Filosofía y Letras; este era un afortunado suceso que le permitía a Jaime continuar con su labor de profesionalizar la disciplina histórica y el oficio de la misma en el país, pero esta vez, a través del sector privado. En un principio su labor en los Andes se vio interrumpida un par de veces: una para responder a las invitaciones hechas en 1975 por las Universidades de Oxford, Londres y Sevilla, y otra para asumir la función diplomática como embajador de Colombia en Bonn, Alemania, entre los años 1977 y 1978 (Jaramillo Uribe 2007, 231-239).

Dos años más tarde para cuando el *Manual de Historia de Colombia* había sido publicado por Colcultura, podía asegurarse sin muchos miramientos que existía una visión renovada de la historia colombiana. Jaime Jaramillo, quien fue el orientador del trabajo, dio rienda suelta a cada uno de los académicos contribuyentes y sin imponer concepciones monolíticas o unilaterales fue la cabeza de un proyecto que, pasadas las décadas, continúa teniendo pronunciada vigencia y sigue siendo una obra de consulta obligada. Así pues, más oportuna no pudo ser la publicación simultánea de una recopilación de trabajos históricos a cargo del poeta Darío Agudelo, quien aprovechó allí para designar bajo el rótulo de *nueva historia* a las nuevas tendencias historiográficas que aparecían, resaltando el trabajo de Jaime Jaramillo como mentor, *padre* de dichas tendencias (Melo 1997; Archila 1999). Si bien la llamada nueva historia evidentemente no constituyó una escuela o movimiento intelectual, no respondió a un solo referente metodológico, ni poseyó una matriz disciplinar única; todos sus implicados compartían el interés por el análisis y la interpretación, y más aún, por trascender la visión anquilosada de la historia tradicional, patria y heroica, enfrascada en el episodio y en la exaltación de las *personalidades memorables*. Jaramillo representaba entre todos un orientador, el precursor de una nueva forma de investigar, abordar y escribir (Melo 1997; Tovar Zambrano 1994, 72). La historia tradicional que se reproducía en la escuela primaria y secundaria se hacía preferentemente a través de los escritos academicistas de Henao y Arrubla, los cuales parecían guardar un interés moralista y pedagógico al describir sucesos de manera cronológica, detallar personajes, genealogías e incluían narraciones que pretendían validar la nacionalidad colombiana en el pasado hispánico, las anécdotas honrosas y el mesianismo católico. Esta era una historia infame e irrefutable, memorizable más no reflexiva, donde no había campo para la cita y la referencia, lo consignado allí revestía de

toda certeza, y por tanto, de la autoridad suficiente para imponerse como autoevidente (Tovar Zambrano 1994, 25-32; Melo, 1996 85-87).

La *nueva historia*, en cambio, llamaba a un nuevo acercamiento al material de primera mano, un acercamiento en función de preguntas e hipótesis que condujeran tanto a la resolución de inquietudes como al planteamiento de nuevos problemas. Ahora, los *fundamentos* de la historia no hallaban su solidez en la búsqueda de certezas apriorísticas, sino en el señalamiento de una o varias rutas para su rastreo y verificación. Era el momento de explorar los *archivos*, de obtener documentación original, de trabajar en función de conceptos y marcos teóricos, y de plasmar explicaciones e interpretaciones consecuentes. Bajo esta línea se inscribía Jaime Jaramillo, apoyado por figuras como Vásquez y Friede; este último, en un escrito dirigido a la Academia tradicional y retomando la consigna lanzada por Germán Arciniegas años atrás, subrayaba la deficiencia de la *historia heroica*, cuyas limitaciones temáticas habían *confinado al olvido a los sectores mayoritarios, al común del pueblo que también tiene una historia digna de ser investigada* (Tovar Zambrano 1994, 28).

No es de extrañar entonces, que los nuevos enfoques que se imponían y compaginaban con la nueva historia trajeran al escenario investigativo nuevos actores, los llamados *personajes sin trascendencia política, los grupos omitidos del recuento tradicional, como las clases populares, los artesanos, los indígenas, los negros*, los obreros, los campesinos, entre otros (Melo 1996, 79). Pronto, junto a los mentores y promotores de esta *nueva historia*, y a sus herederos directos del Departamento de Historia de la Nacional, se vincularon investigadores provenientes de otras áreas, formaciones y facultades que hicieron nuevos aportes desde sus disciplinas, orientaciones e intereses de estudio, entre quienes habría que destacar a Álvaro Tirado Mejía, Jesús Antonio Bejarano, Miguel Urrutia, Salomón Kalmanovitz, Marco Palacios, José Antonio Ocampo y Nieto Arteta (Melo, 1997) y ello sin olvidar el grupo interesante de investigadores extranjeros que fueron apareciendo, a saber: David Buschnell, Frank Safford, Robert Gilmore, Jhon Harrison, Fred Rippy, Anthony McFarlane, entre otros (Tovar Zambrano 1994, 72).

A todo este interesante proceso habría que sumarle la emergencia y el afianzamiento de los programas de historia en diferentes universidades públicas y privadas del país, tales como la Javeriana, los Andes, el Rosario, el Externado, la Nacional sede Medellín, la UIS de

Bucaramanga, la del Atlántico, la de Cartagena, Uninorte, y las Pedagógicas y Tecnológicas de Tunja y Pereira. En ellas se promovieron estudios a diferentes niveles y se indujo – aunque no siempre desde de los nuevos enfoques – al abordaje de temas en clave regional; todo un proceso que estuvo acompañado con el lanzamiento de posgrados a nivel de Maestría y Doctorado (Martínez 1999).

Jaime Jaramillo, luego de haber publicado su obra sobre el pensamiento colombiano y colaborado en la elaboración de la *Historia de Pereira*, concentró sus esfuerzos en el estudio del periodo colonial, particularmente de su estructura social, un periodo que además de ser prácticamente desconocido, constituía la base de los mitos de la historia tradicional. En ese trasegar Jaramillo publicó numerosos textos, artículos, ensayos y ponencias, sin abandonar su interés por las ideas, la pedagogía, la historia social y cultural (Tovar Zambrano 1996; Low y Herrera 1994, 129); igualmente fue partícipe de ambiciosos trabajos como *Colombia hoy* y *Pensar la cultura*. Su último texto fue precisamente sus *Memorias intelectuales*, que culminó en 2007, luego que su hijo Lorenzo se lo recordara – cinco años atrás – poniendo en su escritorio una incitante nota del escritor italiano Giuseppe Tomasi (Jaramillo Uribe 2007, 9).

Jaime Jaramillo jamás fue considerado un dogmático; reconocía permanentemente el papel que el marxismo había jugado en su formación, *le debo mucho como estímulo intelectual*, dijo en una entrevista en el año 1994, pero así como descartaba a la historia legalista y tradicional, veía en los extremos de la ortodoxia económica un campo poco fructífero, más allá del dilema político. Seguía con detenimiento a la historia económica y a la economía crítica, aplicado conceptos de Marx a su análisis; sin embargo, también añadía a sus investigaciones otras dimensiones, nociones y categorías provenientes de diferentes campos disciplinares, tendencias y escuelas de pensamiento. Gracias a su formación relativamente ecléctica mantuvo como consigna el estar abierto a nuevas y diversas ideas, lo que según él, le permitía conservar una *visión mucho más amplia* (Low y Herrera 1994, 120) y por esta razón, pocas veces compartió la idea de abordar los temas por medio de teorías generales o tendenciosas; *prefería la teoría limitada, apropiada para cada problema* (Melo 2015).

Tras su fallecimiento, aquellos que lo recuerdan con gratitud y admiración y lo evocan como *Maestro*, lo describen como el mejor ejemplo de un historiador de vocación, un lector acucioso, crítico y tolerante, que dejaba saber sus disensiones sin llegar a imponer sus

opiniones, posturas y determinaciones. Pese a que gozaba de autoridad y majestad entre sus colegas y un amplio círculo de intelectuales, nunca se vieron en él bríos de arrogancia, ni se oyó una palabra que lo mostrara como superior frente a sus estudiantes, compañeros y demás académicos (Bonnett 2015). Así, modesto, parco y con casi noventa y nueve años de edad, llegó al ocaso de su vida dejando como legado nada más y nada menos que un renovado contenido, una nueva visión y la formalización de la historia colombiana. Sus esfuerzos le merecieron reconocimientos y distinciones en vida; así, recibió doctorados honoris causa por la Universidad Nacional y la Universidad de los Andes, le fue otorgado el Premio Nacional de Historia en 1974, la Orden de Boyacá en 1993, el premio Vida y Palabra del AGN en 1995, el Premio Planeta Historia en 1998 y fue galardonado como uno de los 100 personajes del siglo por el periódico *El Tiempo* en 1999 (Melo 2015).

Al margen de los reconocimientos hechos a su labor magistral, la muerte prematura de su hijo Lorenzo y, tiempo después, de su esposa Yolanda, fueron circunstancias desafortunadas que le produjeron una profunda desazón; no obstante, jamás se agotó en él la idea de perseguir nuevos proyectos, ni de seguir asistiendo a la Universidad, cosa que hizo hasta donde su ancianidad se lo permitió. En el entorno universitario lo recuerdan por su puntualidad, sus gafas de buen lector, su pipa, su pelo encanecido, sus particulares patillas tipo chuleta, *su característico maletín de académico, sus sacos a cuadros con coderas de gamuza, sus infaltables libros* (Bonnett 2015) y el hábito que mantuvo siempre de escribir sus provechosas contribuciones – como buen hombre de *vieja guardia* – en máquina de escribir.

El día de su entierro Jorge Orlando Melo lo definió como *pluralista y escéptico*, otros lo catalogaron como *irónico y sincero*. Creía en una visión crítica de la historia nacional, sin la necesidad de caer en discursos omnipotentes, ni marcos teóricos doctrinarios, esta era una idea que contrastaba al interior de una sociedad parroquial, conservadora y cerrada sobre sí misma, poco preocupada por su acontecer y difícilmente *dispuesta a reflexionar sobre sus límites* (Bonnett 2015; Melo 2015; 1996, 25). Más allá de todo eso, lo cierto es que Jaime Jaramillo Uribe es el precursor de una nueva forma de entender, escribir e investigar la historia; una historia que – como ha quedado implícitamente sugerido – no es más que el resultado de la visión que se tiene de sí mismo y de la realidad subyacente.

A lo largo de estas líneas no se ha tratado en ningún momento de mitificar la figura de Jaime Jaramillo Uribe, ni mucho menos de sublimar su persona, siendo acrílicos con su legado historiográfico; se sabe de ante mano que varias de sus posturas con respecto a la Colonia y el siglo XIX son ampliamente refutables y debatibles, al igual que su empeño por el *rigor científico* de la historia; sin embargo, este ha sido un espacio dedicado a reconocer sus aportes, una labor precursora y pionera que desmontó el heroísmo para entender la “histeria”, las rupturas y las permanencias. En definitiva, este ha sido un periplo vital dedicado a la historia, un periplo que merece su lugar en la historia y quedar para la Historia.

Referencias

- Archila Neira, Mauricio (jul. 1999). “Jaime Jaramillo Uribe: Padre de la Nueva Historia”. En: *Revista Credencial Historia*, n. 115.
- Bonnet, Diana (oct., 2015). “Evocación de Jaime Jaramillo Uribe”. En: *Noticias*. Universidad de los Andes <http://www.uniandes.edu.co/noticias/ciencias-sociales/evocacion-de-jaime-jaramillo-uribe> (Consultado el 18/11/2015).
- Henderson, James D (2006). *La Modernización en Colombia: Los años de Laureano Gómez 1889-1965*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Jaramillo Uribe, Jaime (1969). “Algunos aspectos de la personalidad histórica de Colombia”. En: *Historia*, n° 8. Santiago de Chile: Pontificia Universidad Católica de Chile, pp. 245-263. <http://revistahistoria.uc.cl/estudios/3868/> (Consultado el 10/11/2015)
- Jaramillo Uribe, Jaime (1989). “Educación durante los gobiernos liberales. 1930–1946”. En: Tirado Mejía, Álvaro (coord.). *Nueva Historia de Colombia IV: Educación, ciencia, luchas de la mujer y vida diaria*. Bogotá: Planeta.
- Jaramillo Uribe, Jaime (2007). *Memorias intelectuales*. Bogotá: Taurus/Universidad de los Andes.
- Low, Carlos y Herrera, Martha Cecilia (ene–jul., 1994). “Jaime Jaramillo Uribe: La historia, la pedagogía y las ciencias sociales”. En: *Revista Colombiana de Educación*, n. 28, Bogotá: UPN.
- Martínez Carreño, Aida (jul. 1999). “Historias e historiadores del siglo XX”: Un recuento. En: *Revista Credencial Historia*, n. 115.

- Melo, Jorge Orlando (1996). *Historiografía colombiana: realidades y perspectivas*. Medellín: Autores Antioqueños.
- Melo, Jorge Orlando (agt., 1997) . “Jaime Jaramillo Uribe y el impacto de su obra”. *Conferencia leída en el homenaje, realizada en el Archivo General de la Nación*. Bogotá, D.C.
- Melo, Jorge Orlando (oct., 2015). “Jaime Jaramillo Uribe: Pluralista y escéptico”. En: *Noticias*. Banco de la República. <http://www.banrepcultural.org/blog/noticias-de-la-actividad-cultural-del-banco-de-la-rep-blica/jaime-jaramillo-uribe-pluralista-y-> (Consultado el 15/11/2015)
- Nieto, Luis Enrique (nov., 2015). “Jaime Jaramillo Uribe in memoriam”. En: *Revista Nova et Vetera*, v. 1, n. 10. Universidad del Rosario. <http://www.urosario.edu.co/revista-nova-et-vetera/Vol-1-Ed-10/Columnistas/Editorial/> (Consultado el 15/11/2015)
- Palacios, Marco (2003). *Entre la legitimidad y la violencia: Colombia 1875–1994*. Bogotá: Norma.
- Tovar Zambrano, Bernardo (comp.) (1994). *La historia al final del milenio: Ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana*, v. 1. Bogotá: Universidad Nacional.
- Tovar Zambrano, Bernardo (mar., 1996). “El pasado como oficio. Trayectoria intelectual del historiador Jaime Jaramillo Uribe”. En: *Nómadas*, n, 4. Universidad Central.
- Tovar Zambrano, Berbarodo (dic., 1998). “Jaime Jaramillo Uribe. La escritura de la historia como destino personal”. *Texto leído con motivo de la entrega del Premio Planeta de Historia 1998* al profesor Jaime Jaramillo Uribe en el “Gun Club” de Bogotá.